



TAMPA LIFE CHURCH



SERIE DE ESTUDIO BÍBLICO JUVENIL

OFFLINE

LA TRAGEDIA DE LAS HISTORIAS NO CONTADAS

Cómo Dios Usa Nuestro Testimonio para Edificar Su Reino

APAGA EL RUIDO. SINTONIZA CON DIOS.

> SECCIÓN 1

Ni Aun la Mitad Me Había Sido Dicha

Antes de que comenzara el mensaje, el predicador habló una palabra profética sobre Tampa Life Church que marcó el tono de todo lo que vendría después. Le recordó a la iglesia la respuesta de la reina de Sabá después de ver la sabiduría, la gloria y el reino de Salomón: “ni aun la mitad me había sido dicha” (1 Reyes 10:7, RVR60). Lo que ella había escuchado acerca de Salomón era impresionante, pero lo que experimentó superó todo lo que jamás había oído. De la misma manera, el predicador declaró que Dios ha preparado cosas más grandes para Tampa Life de las que cualquiera se ha imaginado hasta ahora. La iglesia ya ha sido testigo de cientos de personas recibiendo el Espíritu Santo, muchos siendo bautizados en el nombre de Jesús, y vidas siendo transformadas, pero de acuerdo con la palabra que se habló ese día, estas victorias son solo el comienzo.

Esta verdad no es exclusiva de una sola congregación. A lo largo de las Escrituras, Dios revela repetidamente que él es el Dios que siempre tiene “más”. Abraham pensó que simplemente estaba dejando su tierra natal, pero Dios estaba estableciendo un pacto que bendeciría a todas las naciones. Moisés creía que solo estaba liberando a una generación de Egipto, pero Dios estaba creando un pueblo a través del cual revelaría su gloria al mundo. Los discípulos pensaban que estaban siguiendo a un Rabino por Galilea, pero pronto se convertirían en el fundamento de una Iglesia mundial capacitada por el Espíritu Santo. Los planes de Dios siempre superan las expectativas humanas porque su Reino siempre es más grande que nuestra perspectiva actual.

La razón es sencilla: la obra de Dios nunca ha estado limitada a lo que podemos ver en el presente. Isaías declaró:

Porque mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni vuestros caminos mis caminos, dijo Jehová.

ISAÍAS 55:8 (RVR60)

Todo avivamiento comienza como algo que parece pequeño. Una conversación se convierte en un estudio bíblico. Un estudio bíblico se convierte en una familia transformada. Una familia transformada se convierte en una iglesia próspera. Una iglesia próspera alcanza una ciudad, y eventualmente a las naciones. Este es el patrón del Reino de Dios. Jesús lo comparó con un grano de mostaza, pequeño en apariencia, pero destinado a convertirse en algo mucho más grande de lo que cualquiera esperaba (Mateo 13:31-32).

Sin embargo, hay otra verdad escondida dentro de la declaración de la reina de Sabá. Aunque las bendiciones de Dios a menudo son más grandes que las historias que hemos escuchado, muchas de las mayores obras de Dios permanecen completamente desconocidas porque quienes las experimentaron nunca las compartieron. El cielo sigue escribiendo milagros, restaurando familias, librando personas de la adicción, respondiendo oraciones imposibles, sanando corazones quebrantados y llenando a las personas con su Espíritu. Sin embargo, incontables testimonios nunca salen del corazón de quienes los vivieron. Permanecen como victorias privadas en lugar de convertirse en testigos públicos de la bondad de Dios.

Esto revela una de las mayores tragedias en el Reino de Dios. No se trata simplemente de que las personas tengan pasados difíciles, fracasos dolorosos, o temporadas de quebranto. La tragedia mayor es cuando Dios redime esos momentos, escribe un testimonio hermoso, y ese testimonio nunca se comparte

con nadie más. Cada testimonio no contado representa a alguien que tal vez nunca descubra que el mismo Dios que transformó una vida también puede transformar la suya.

Las Escrituras demuestran repetidamente que Dios nunca tuvo la intención de que sus grandes obras permanecieran ocultas. Después de que Israel cruzó el río Jordán, Josué instruyó al pueblo a recoger doce piedras del lecho del río como memorial. ¿Por qué? Porque un día sus hijos preguntarían: “¿Qué significan estas piedras?”. Esa pregunta abriría la puerta para que la historia del poder milagroso de Dios fuera contada de nuevo.

Para que esto sea señal entre vosotros; y cuando vuestros hijos preguntaren a sus padres mañana, diciendo: ¿Qué significan estas piedras? Entonces les responderéis...

JOSUÉ 4:6-7 (RVR60)

Observa el patrón de Dios. Él realiza el milagro, pero confía a su pueblo la responsabilidad de contar la historia. El milagro puede originarse con Dios, pero el testimonio le pertenece al creyente.

Este principio continúa a lo largo del Nuevo Testamento. Jesús sanó al endemoniado gadareno y luego le dio un mandato inesperado:

Vete a tu casa, a los tuyos, y cuéntales cuán grandes cosas el Señor ha hecho contigo, y cómo tuvo misericordia de ti.

MARCOS 5:19 (RVR60)

Jesús no le dijo que asistiera a un instituto bíblico antes de hablar. No le dijo que esperara hasta entender toda la doctrina. Simplemente le ordenó contar lo que Dios había hecho. Su testimonio se convirtió en el primer mensaje misionero que muchas personas escucharían jamás.

Este es el latido de esta lección. Dios no solamente nos ha llamado a experimentar su gracia, somos llamados a proclamarla. Él no solo nos libró para nuestro beneficio, sino para que otros pudieran creer a través de lo que ha hecho en nosotros. Cada creyente lleva una historia que apunta más allá de sí mismo hacia el Salvador que cambió su vida.

Al estudiar esta lección, descubriremos que una de las herramientas más grandes que Dios ha confiado a su Iglesia no se encuentra en un micrófono, un púlpito, o una plataforma. Se encuentra en el creyente común que está dispuesto a decir: “Déjame contarte lo que Jesús ha hecho por mí”. Cada testimonio se convierte en una invitación para que alguien más encuentre al mismo Dios.

La tragedia nunca es que Dios dejó de obrar. La tragedia es cuando su historia termina con nosotros en lugar de continuar a través de nosotros.

» SECCIÓN 2

Dios Siempre Ha Elegido Historias para Revelarse

Una de las observaciones más fascinantes en toda la Escritura es que Dios pudo haber elegido incontables métodos para revelarse a la humanidad, sin embargo, eligió constantemente las historias. La Biblia es ciertamente un libro de doctrina, profecía, mandamientos y teología, pero antes de ser cualquiera de esas cosas, es la historia de la búsqueda incansable de Dios por la humanidad. Desde Génesis hasta Apocalipsis, no estamos simplemente leyendo enseñanzas aisladas, estamos siendo testigos del desarrollo del relato de la redención. Cada página revela el deseo de Dios de restaurar lo que el pecado había quebrantado. Por eso las historias tienen tanto poder. Nos permiten vernos a nosotros mismos en la vida de otros y reconocer que el mismo Dios que obró entonces todavía está obrando hoy.

El predicador enfatizó que antes de que el pueblo de Dios tuviera las Escrituras completas por escrito, tenía historias. Generación tras generación preservó su fe contando lo que Dios había hecho. Alrededor de las fogatas, durante las fiestas, en reuniones familiares y a lo largo de la adoración, los padres enseñaban a sus hijos acerca de las obras poderosas de Dios. Hablaban de cómo se abrió el Mar Rojo, del maná que caía del cielo, del agua que brotaba de la roca, de los muros que se derrumbaban en Jericó, y de innumerables demostraciones de la fidelidad de Dios. Estas historias no eran entretenimiento, eran formación espiritual. Moldeaban la identidad de toda una nación.

Esto explica por qué Dios repetidamente mandó a Israel que nunca olvidara sus obras. Moisés instruyó al pueblo:

Solamente ten cuidado, y guarda tu alma con diligencia, para que no te olvides de las cosas que tus ojos han visto... antes bien, las enseñarás a tus hijos, y a los hijos de tus hijos.

DEUTERONOMIO 4:9 (RVR60)

Observa la responsabilidad puesta sobre cada generación. Los milagros de Dios nunca tuvieron la intención de detenerse con quienes los presenciaron. Cada generación se volvió responsable de transmitir la historia a la siguiente. La fe no se sostenía simplemente preservando información, se preservaba recordando lo que Dios había hecho.

El salmista repitió este mismo principio con notable claridad:

No los encubriremos a sus hijos, contando a la generación venidera las alabanzas de Jehová, y su poder, y sus maravillas que hizo.

SALMO 78:4 (RVR60)

Esa frase merece atención cuidadosa: “No los encubriremos”. El mayor peligro nunca fue que Dios dejara de hacer milagros. El mayor peligro era que su pueblo dejara de hablar de ellos. El silencio siempre ha sido una de las armas más grandes del enemigo. Si cada generación falla en contarle a la siguiente lo que Dios ha hecho, la memoria espiritual comienza a desaparecer, y con ella, la expectativa de lo que Dios todavía puede hacer.

Este principio se extiende más allá del antiguo Israel hasta el ministerio de Jesús. Considera cuán a menudo Jesús enseñaba a través de historias. En lugar de presentar conferencias teológicas abstractas, hablaba de pastores buscando ovejas, padres abrazando a hijos pródigos, mujeres buscando monedas perdidas, agricultores sembrando semillas, pescadores echando redes, constructores colocando cimientos, y mercaderes buscando perlas. Sus oyentes podían identificarse de inmediato con estas situaciones cotidianas porque las historias evitan la resistencia intelectual y hablan directamente al corazón.

Como el predicador sabiamente observó, las historias crean conexión. Permiten que las personas reconozcan que no están solas. Alguien más ha atravesado dolor, fracaso, incertidumbre, temor, o restauración.

Las historias construyen puentes donde los argumentos a menudo construyen muros.

Precisamente por esto Jesús frecuentemente concluía sus parábolas con invitaciones en lugar de explicaciones. Quería que sus oyentes se vieran a sí mismos dentro de la historia. Cada parábola pregunta silenciosamente lo mismo: “¿Dónde estás tú en este relato?”. ¿Soy la oveja perdida? ¿El pastor que busca? ¿El hermano mayor? ¿El pródigo? ¿El siervo fiel? ¿El constructor descuidado? Las historias invitan a la reflexión personal de una manera que la simple instrucción a menudo no puede lograr.

Incluso el Evangelio mismo se presenta como una historia. Comienza con la creación, atraviesa la caída de la humanidad en el pecado, alcanza su clímax en el Calvario, y culmina en la resurrección de Cristo y el derramamiento del Espíritu Santo. Cada creyente que obedece el Evangelio entra en esa historia continua. Nuestro testimonio se convierte en otro capítulo que demuestra que Jesucristo todavía salva, sana, restaura y transforma vidas hoy.

Por esto nuestro testimonio tiene un valor tan extraordinario. No solo estamos compartiendo experiencias personales, estamos proporcionando evidencia viva de que la historia de la redención no terminó en el libro de Hechos. El mismo Salvador que llamó a pescadores, sanó a leprosos, libró a los endemoniados, perdonó a los pecadores y llenó a los creyentes con su Espíritu sigue escribiendo esas mismas historias a través de personas comunes hoy.

El apóstol Juan expresó esto de manera hermosa cuando escribió:

Lo que hemos visto y oído, eso os anunciamos, para que también vosotros tengáis comunión con nosotros...

1 JUAN 1:3 (RVR60)

Observa el patrón. La experiencia naturalmente lleva a la proclamación. Los encuentros auténticos con Dios producen testigos. Los apóstoles no simplemente repetían información que habían memorizado, testificaban acerca de lo que habían experimentado personalmente. Ese mismo patrón continúa en la Iglesia hoy. Le contamos a otros porque primero lo hemos encontrado nosotros mismos.

***Hemos visto. Hemos oído.
Por lo tanto, declaramos.***

Esto reta a todo creyente con una pregunta importante: Si Dios todavía está escribiendo historias hoy, ¿las estamos contando fielmente? Nuestros hogares, lugares de trabajo, escuelas, vecindarios y comunidades están llenos de personas que desesperadamente necesitan esperanza. Tal vez nunca abran una Biblia antes de que alguien primero les cuente cómo Cristo cambió su vida. Mucho antes de entender la teología, quizás primero sean conmovidos por un testimonio.

Dios siempre se ha revelado a través de historias porque las historias revelan su corazón. Y cuando nuestra historia personal se rinde a él, se convierte en otro instrumento a través del cual él se revela a un mundo que todavía está buscando esperanza.

» SECCIÓN 3

La Adoración Cuenta una Historia Antes de que Hablemos

Uno de los momentos más profundos de este mensaje llegó cuando el predicador pasó del poder del testimonio hablado al poder de la adoración. Antes de que le contemos a alguien lo que Dios ha hecho con nuestros labios, nuestra adoración ya está declarando un testimonio. Cada vez que un creyente levanta sus manos, se inclina en rendición, canta entre lágrimas, o se arrodilla en el altar, está comunicando algo al cielo y a todos los que le rodean: “Dios ha sido fiel conmigo”. La adoración no es simplemente música, es la expresión visible de una historia invisible.

Por esto la adoración auténtica no se puede fabricar. Nace de la experiencia. Las canciones pueden ser las mismas para todos en la congregación, pero la adoración de cada persona lleva un testimonio único. Uno adora porque Cristo sanó su matrimonio. Otro porque él lo libró de la adicción. Otro porque él restauró su familia. Otro porque él perdonó años de culpa y vergüenza. La melodía puede ser compartida, pero cada corazón canta desde un capítulo diferente de la fidelidad de Dios.

El predicador ilustró esto de manera hermosa describiendo la fragancia de la adoración. Así como ciertos olores nos transportan de inmediato a recuerdos de la infancia, las Escrituras enseñan que la adoración se eleva delante de Dios como incienso. Es más que música hermosa, es un memorial delante del Señor. Mientras la fragancia se eleva, nos recuerda la fidelidad del pacto de Dios a lo largo de la historia.

David oró:

Suba mi oración delante de ti como el incienso, El don de mis manos como la ofrenda de la tarde.

SALMO 141:2 (RVR60)

A lo largo del Antiguo Testamento, el incienso representaba la adoración continua que ascendía delante del trono de Dios. Simbolizaba comunión, devoción y relación de pacto. Bajo el Nuevo Pacto, nuestra adoración cumple esa hermosa imagen. Cada acto sincero de alabanza se eleva delante de Dios como un recordatorio de que él tiene un pueblo redimido que todavía confía en él.

El predicador conectó esta fragancia con varios altares importantes a lo largo de las Escrituras. Cada altar cuenta su propia historia.

El altar de Noé hablaba de misericordia después del juicio. Después de que las aguas del diluvio se retiraron, Noé ofreció sacrificios al Señor.

Y percibió Jehová olor grato...

GÉNESIS 8:21 (RVR60)

Esa ofrenda se conectó con el pacto de Dios de nunca más destruir la tierra con un diluvio. La adoración de Noé testificó que la misericordia de Dios había triunfado sobre el juicio.

Los encuentros de Moisés con Dios hablaban de pacto y relación. Israel aprendió que la adoración no era simplemente un ritual, sino un reconocimiento de que Dios era su Libertador, Proveedor y Rey.

El altar de Elías en el monte Carmelo declaró que solo el Señor es Dios. Mientras los profetas de Baal gritaban sin respuesta, Elías reconstruyó el altar derribado, oró una oración sencilla de fe, y fuego cayó del cielo (1 Reyes 18). Su adoración se convirtió en un testimonio de que Dios todavía responde con fuego.

Cada altar a lo largo de las Escrituras nos recuerda que la adoración está conectada con la intervención de Dios en la historia humana. La adoración recuerda lo que Dios ya ha hecho mientras expresa confianza en lo que hará a continuación.

Esto le da un nuevo significado a nuestros propios servicios de adoración. No levantamos nuestras manos simplemente porque esa es la tradición de nuestra iglesia. Lo hacemos porque nuestras manos representan vidas rendidas. No aplaudimos simplemente porque disfrutamos la música. Aplaudimos porque el Rey ha sido victorioso. No cantamos simplemente porque las letras aparecen en una pantalla. Cantamos porque nuestro Redentor vive.

El apóstol Pablo capturó este espíritu cuando escribió:

Así que, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo...

ROMANOS 12:1 (RVR60)

Bajo el Antiguo Pacto, los sacrificios se colocaban sobre el altar. Bajo el Nuevo Pacto, nosotros nos convertimos en el sacrificio. Cada acto de obediencia, cada oración, cada rendición y cada expresión de adoración cuenta la historia continua de la gracia transformadora de Dios.

El predicador entonces hizo una de las observaciones más desafiantes del mensaje. Le recordó a la congregación que muchas personas malinterpretan la adoración expresiva. Suponen que los creyentes adoran apasionadamente porque son emocionales o porque intentan impresionar a otros. La realidad es mucho más profunda. La adoración no se trata de llamar la atención hacia nosotros mismos, se trata de recordar por lo que Dios nos ha hecho pasar.

Esto es precisamente lo que vemos en el hombre liberado de una legión de demonios. Antes de conocer a Jesús, vivía entre los sepulcros, aislado, atormentado y completamente atado por espíritus malignos. Sin embargo, lo primero que hizo cuando vio a Jesús fue correr hacia él y adorarlo.

Cuando vio, pues, a Jesús de lejos, corrió, y se postró ante él.

MARCOS 5:6 (RVR60)

El predicador hizo una pregunta que merece una reflexión seria: Si un hombre poseído por demonios reconoció la autoridad y el valor de Jesús, ¿qué debería impedir que los creyentes redimidos lo adoren con todo su corazón?

La respuesta a menudo es el orgullo. El orgullo susurra que alguien podría juzgarnos. El orgullo teme parecer emocional o indigno. El orgullo se preocupa por la opinión pública. Sin embargo, la adoración

genuina nunca se ha preocupado por la aprobación de las personas. David entendió esto cuando danzó delante del Señor después de que el Arca del Pacto regresó a Jerusalén. Cuando Mical lo criticó, él simplemente respondió:

Y aun me haré más vil que esta vez...

2 SAMUEL 6:22 (RVR60)

David entendió algo que todo adorador debe aprender: cuando recordamos de dónde nos ha sacado Dios, la opinión humana pierde su poder.

Esta verdad también debería transformar cómo vemos la adoración de otros. Cuando vemos a alguien llorando en el altar, levantando manos temblorosas, o alabando a Dios con una pasión inusual, nunca debemos suponer que simplemente son emocionales. Puede que estemos siendo testigos de un testimonio que las palabras nunca podrían explicar por completo. Quizás Dios los sanó. Quizás restauró su matrimonio. Quizás los libró de la adicción. Quizás respondió años de oración desesperada. Su adoración está contando una historia que solo el cielo conoce por completo.

En muchos sentidos, la adoración se convierte en el primer testimonio que el mundo ve. Mucho antes de que los incrédulos entiendan nuestra doctrina, notan nuestro gozo. Observan nuestra paz en el sufrimiento, nuestra confianza en la incertidumbre, y nuestra gratitud a pesar de las dificultades. Cada acto sincero de adoración declara silenciosamente que Jesucristo todavía es digno porque todavía es fiel.

Por esta razón, la adoración es mucho más que preparación para la predicación. Es en sí misma una declaración del Evangelio. Cada aleluya proclama que el pecado no tuvo la última palabra. Cada mano levantada anuncia que Cristo todavía reina. Cada corazón rendido declara que la gracia de Dios es mayor que nuestro pasado. Antes de que nuestra boca hable un testimonio, nuestra adoración ya está contando la historia más grande de todas.

> SECCIÓN 4

Todo Creyente Tiene una Historia que Vale la Pena Contar

Una de las verdades más alentadoras de este mensaje es que Dios nunca ha limitado su obra a un grupo selecto de personas. A veces suponemos que solo los pastores, misioneros, o maestros experimentados tienen algo valioso que compartir, pero el Nuevo Testamento pinta un cuadro muy diferente. En el momento en que Dios toca la vida de una persona, le da un testimonio. El predicador le recordó a la congregación que quienes acababan de ser bautizados ese mismo día ya poseían una historia que valía la pena contar. Tal vez no entendían toda la doctrina ni se habían memorizado cada Escritura, pero habían experimentado el poder salvador de Jesucristo. Esa experiencia por sí sola los convirtió en testigos de su gracia.

Este principio se encuentra a lo largo del ministerio de Jesús. En Juan capítulo nueve, Jesús sanó a un hombre que había sido ciego de nacimiento. Cuando los líderes religiosos lo interrogaron, esperaban que él explicara la teología detrás de su milagro. En cambio, el hombre simplemente respondió: “Una cosa sé, que habiendo yo sido ciego, ahora veo” (Juan 9:25, RVR60). Su testimonio no estaba construido sobre años de educación teológica, sino sobre un encuentro personal con Cristo. Hay momentos en que una vida transformada se vuelve más convincente que el argumento más cuidadosamente construido. Nadie podía negar el cambio que había ocurrido porque todos sabían quién había sido antes de conocer a Jesús.

El mismo patrón aparece en la historia de la mujer samaritana. Ella llegó al pozo de Jacob buscando agua ordinaria, sin saber que estaba a punto de conocer al Mesías. Durante su conversación con Jesús, él reveló las partes más profundas de su vida mientras le ofrecía agua viva que la satisfaría para siempre. Lo notable es lo que sucedió inmediatamente después. Ella dejó su cántaro, se apresuró a regresar a la ciudad, y comenzó a invitar a todos los que encontraba a venir y ver al hombre que había cambiado su vida. No poseía un amplio conocimiento bíblico, ni predicó un sermón extenso. Simplemente compartió lo que Jesús había hecho por ella. Juan nos dice que “muchos de los samaritanos de aquella ciudad creyeron en él por la palabra de la mujer” (Juan 4:39, RVR60). Su testimonio se convirtió en el puente que llevó a toda una comunidad a la presencia de Cristo.

Quizás el ejemplo más claro se encuentra en la vida del hombre poseído por una legión de demonios. Antes de conocer a Jesús, vivía entre los sepulcros, atormentado, aislado y completamente controlado por espíritus malignos. Después de que Cristo lo libró, su mayor deseo era viajar con Jesús y convertirse en uno de sus seguidores. Sorprendentemente, Jesús le dio una asignación diferente. Le dijo: “Vete a tu casa, a los tuyos, y cuéntales cuán grandes cosas el Señor ha hecho contigo, y cómo tuvo misericordia de ti” (Marcos 5:19, RVR60). Jesús entendía que nadie podía contar esa historia con más eficacia que el hombre que la había vivido. Su testimonio llevaría una autenticidad que nadie más podría reproducir, porque las personas que lo conocían habían presenciado tanto su esclavitud como su transformación.

Esto nos enseña una lección importante acerca del Reino de Dios. A menudo subestimamos el valor de nuestro propio testimonio porque hemos vivido con él por tanto tiempo. Lo que se ha vuelto familiar para nosotros puede ser extraordinario para alguien más. Sabemos dónde nos encontró Dios. Recordamos las oraciones que respondió, los temores que quitó, los pecados que perdonó, y las temporadas en las que nos sostuvo. Sin embargo, debido a que esas experiencias son personales, a veces suponemos que son insignificantes. La realidad es exactamente lo contrario. Cada acto de la gracia de Dios se convierte en otro testigo de que él todavía está obrando en la vida de personas comunes.

El apóstol Pablo nunca perdió de vista esta verdad. Aunque se convirtió en uno de los mayores teólogos en la historia cristiana, continuamente regresaba a la historia de su propia conversión. Ya fuera que estuviera delante de gobernadores, reyes, líderes religiosos, o multitudes hostiles, Pablo repetidamente testificaba acerca del día en que Jesús lo encontró en el camino a Damasco. Entendía que, aunque las personas podían discutir con su doctrina, no podían negar la realidad de una vida transformada. Su testimonio abría constantemente puertas para el Evangelio porque demostraba el poder transformador de Cristo.

El predicador hizo una declaración que merece una reflexión cuidadosa. Cuando Dios sana a una persona, ese testimonio se convierte en la razón de otra persona para creer que la sanidad todavía es posible. Cuando restaura un matrimonio quebrantado, otra pareja que lucha encuentra esperanza de que su historia no ha terminado. Cuando libra a alguien de la adicción, otra persona atada por las mismas cadenas comienza a creer que la libertad es posible. Nuestros testimonios se convierten en evidencia viva de que Jesucristo es el mismo ayer, hoy y por los siglos.

Todo testimonio comienza donde termina el milagro de otra persona.

David entendió este principio cuando escribió: “Venid, oíd todos los que teméis a Dios, y contaré lo que ha hecho a mi alma” (Salmo 66:16, RVR60). David reconoció que la bondad de Dios nunca tuvo la intención de permanecer privada. Cada bendición llevaba la responsabilidad de la proclamación. Cada liberación merecía ser declarada. Cada oración respondida se convertía en otra oportunidad para glorificar al Señor delante de otros.

Esta verdad alcanza su expresión más plena en Apocalipsis 12:11, donde Juan escribe: “Y ellos le han vencido por medio de la sangre del Cordero y de la palabra del testimonio de ellos”. Observa que Dios une estas dos realidades. La sangre de Jesús provee la salvación, pero nuestro testimonio anuncia lo que esa sangre ha logrado. La sangre cambia nuestras vidas, y nuestro testimonio invita a otros a experimentar la misma transformación. El enemigo no puede quitar el poder de la sangre de Cristo, pero constantemente intentará silenciar a quienes la han experimentado. El temor, la intimidación, la vergüenza y la inseguridad se convierten en herramientas diseñadas para impedir que los creyentes cuenten la historia que Dios ha escrito en sus vidas.

Quizás una de las mayores victorias de Satanás es convencer a los cristianos de que su testimonio no es importante. Sin embargo, las Escrituras enseñan exactamente lo contrario. Todo creyente, sin importar su edad, trasfondo o madurez espiritual, lleva un testigo único de la gracia de Dios. Algunos fueron librados de vidas dramáticas de pecado, mientras que otros fueron preservados por la misericordia de Dios de nunca entrar en esos caminos. Algunos tienen historias de sanidad milagrosa, mientras que otros testifican de la gracia sustentadora de Dios a través de temporadas de sufrimiento. Cada testimonio es diferente, pero cada testimonio apunta al mismo Salvador.

Cuando entendemos esto, dejamos de comparar nuestra historia con la de alguien más. El valor de un testimonio no se mide por qué tan dramático suena, sino por qué tan fielmente revela a Jesucristo. El mayor propósito de nuestro testimonio no es llamar la atención hacia nosotros mismos, sino engrandecer a Aquel que nos redimió. Cada vez que contamos lo que el Señor ha hecho, le recordamos a un mundo quebrantado que Dios todavía está escribiendo historias de redención hoy, y quizás la siguiente historia que él desea escribir comenzará en la vida de la persona que está escuchando.

» SECCIÓN 5

Los Milagros Requieren Escenarios Milagrosos

Una de las verdades más desafiantes presentadas en este mensaje es que, aunque a menudo oramos por milagros, con frecuencia evitamos las mismas situaciones donde los milagros se vuelven necesarios. Le pedimos a Dios que se mueva de maneras extraordinarias, sin embargo, naturalmente nos inclinamos hacia ambientes cómodos y predecibles donde todo está bajo nuestro control. El predicador compartió cómo, después de plantar una iglesia en Baton Rouge, él y su esposa continuamente oraban para que Dios les diera historias como las que se encuentran en el libro de Hechos. Querían ser testigos de vidas transformadas, milagros realizados, y comunidades cambiadas por el Evangelio. Sin embargo, pronto descubrieron que las historias de la intervención sobrenatural de Dios casi siempre se escriben en lugares donde la capacidad humana llega a su límite.

Este principio aparece repetidamente a lo largo de las Escrituras. Dios rara vez realiza sus mayores milagros en lugares de comodidad. En cambio, a menudo guía a su pueblo hacia circunstancias donde el éxito se vuelve imposible sin su intervención. Moisés se paró frente al Mar Rojo con el ejército del faraón acercándose por detrás. Josué enfrentó los muros fortificados de Jericó sin ninguna estrategia militar que pudiera explicar la victoria que vendría. Gedeón marchó a la batalla con solo trescientos hombres contra un enemigo abrumador. Daniel entró al foso de los leones sabiendo que no había escape humano. Cada milagro requería un escenario donde solo Dios podía recibir la gloria.

Nuestro instinto natural es evitar esos escenarios. Preferimos la certeza sobre la dependencia, la planificación sobre la fe, y la seguridad sobre el riesgo. Sin embargo, Dios a menudo llama a su pueblo más allá de lo que puede lograr con sus propias fuerzas, porque la fe crece solo cuando se ejercita. Si permanecemos solo donde nuestras capacidades son suficientes, quizás nunca experimentemos la plenitud del poder de Dios.

El apóstol Pablo entendió esta paradoja. Después de orar repetidamente para que Dios quitara su aguijón en la carne, el Señor le respondió con palabras que han animado a los creyentes durante siglos:

Bástate mi gracia; porque mi poder se perfecciona en la debilidad.

2 CORINTIOS 12:9 (RVR60)

Observa que la fuerza de Dios no se muestra donde abunda la fuerza humana. Su poder se perfecciona en nuestra debilidad. Cuando nuestros recursos llegan a su fin, sus recursos apenas están comenzando. Lo que a menudo vemos como limitaciones se convierte en oportunidades para que Dios demuestre su fidelidad.

El predicador retó a la congregación a considerar cómo podrían verse los escenarios milagrosos en la vida cotidiana. No siempre son momentos dramáticos delante de miles de personas. A veces son mucho más comunes. Una conversación con un compañero de trabajo que inesperadamente comienza a compartir el dolor de un matrimonio roto. Un compañero de clase que admite en voz baja que está abrumado por la ansiedad. Un vecino que pide oración durante una temporada difícil. Un familiar que finalmente está dispuesto a hablar de asuntos espirituales después de años de resistencia. Estos momentos pueden parecer ordinarios, pero a menudo son citas divinas preparadas por Dios mismo.

Con demasiada frecuencia dudamos porque nos sentimos poco preparados. Nos decimos a nosotros mismos que no conocemos suficiente Escritura, que alguien más explicaría mejor el Evangelio, o que podríamos decir algo incorrecto. Moisés expresó temores similares cuando Dios lo llamó a presentarse ante el faraón.

¡Ay, Señor! nunca he sido hombre de fácil palabra... porque soy tardo en el habla y torpe de lengua.

ÉXODO 4:10 (RVR60)

Dios no respondió buscando a alguien más calificado. En cambio, prometió su presencia.

Vé, porque yo estaré contigo.

ÉXODO 3:12 (RVR60)

Dios nunca ha estado buscando vasijas perfectas. Siempre ha estado buscando vasijas dispuestas. A lo largo de las Escrituras, usó repetidamente a hombres y mujeres comunes cuya mayor cualificación fue su disposición a obedecer.

El predicador también le recordó a la iglesia que el temor a menudo se disfraza de sabiduría. Nos convencemos de que simplemente estamos esperando la oportunidad correcta, cuando en realidad estamos permitiendo que el temor silencie nuestra obediencia. La cultura moderna anima a los creyentes a mantener su fe en privado, sugiriendo que las conversaciones espirituales deberían quedarse dentro de las paredes de la iglesia. Sin embargo, el Evangelio nunca ha avanzado a través del silencio. Desde el día de Pentecostés hasta hoy, el Reino de Dios se ha expandido porque creyentes comunes estuvieron dispuestos a hablar cuando Dios abrió la puerta.

El apóstol Pablo animó a la iglesia en Colosas con estas palabras:

Andad sabiamente para con los de afuera... Sea vuestra palabra siempre con gracia.

COLOSENSES 4:5-6 (RVR60)

Observa que Pablo no instruye a los creyentes a forzar conversaciones o discutir con todos los que encuentran. Más bien, nos enseña a reconocer las oportunidades, a responder con gracia, y a permitir que el Espíritu Santo guíe nuestras palabras. La evangelización no se trata de ganar debates, se trata de representar fielmente a Cristo cada vez que él abre una puerta.

Esta perspectiva transforma cómo vemos las interrupciones en nuestra vida diaria. La conversación inesperada, el compañero de trabajo difícil, el amigo herido, o el vecino que pide consejo tal vez no sean interrupciones en absoluto. Pueden ser oportunidades cuidadosamente orquestadas y preparadas por Dios. El Espíritu Santo a menudo obra silenciosamente, arreglando circunstancias mucho antes de que las reconozcamos. Nuestra responsabilidad es simplemente permanecer lo suficientemente sensibles para

responder cuando esos momentos llegan.

El predicador animó a la iglesia a dejar de esperar hasta sentirse completamente listos antes de entrar en estos momentos de ministerio. La fe no comienza después de que tenemos todas las respuestas. La fe comienza cuando confiamos en que Dios se encontrará con nosotros en nuestra obediencia. Pedro no experimentó el milagro mientras permanecía seguro dentro de la barca. El milagro comenzó en el momento en que puso su pie sobre el agua. De la misma manera, Abraham no sabía a dónde lo estaba guiando Dios cuando dejó su tierra natal. Hebreos simplemente nos dice que “salió sin saber a dónde iba” (Hebreos 11:8, RVR60). Su obediencia creó el escenario donde las promesas de Dios podían desarrollarse.

El mismo principio sigue siendo verdad hoy. Si deseamos ver a Dios escribir historias extraordinarias a través de nuestras vidas, debemos estar dispuestos a entrar en lugares donde su poder se vuelve necesario. Los milagros rara vez ocurren donde todo es cómodo y predecible. Se encuentran con mayor frecuencia donde los creyentes eligen la fe sobre el temor, la obediencia sobre la conveniencia, y la rendición sobre la certeza. Cada vez que entramos en una situación que requiere que Dios obre, creamos otra oportunidad para que él escriba un testimonio que animará a alguien más durante años.

» SECCIÓN 6

Tu Testimonio Libera Fe

Una de las verdades centrales de este mensaje es que, aunque las historias naturalmente crean conexión, los testimonios hacen algo aún más grande: liberan fe. El predicador explicó que las historias ayudan a las personas a relacionarse entre sí, pero los testimonios revelan el poder activo de Dios. Una buena historia puede entretener o inspirar, pero un testimonio apunta más allá de la experiencia humana hacia la intervención divina. Por eso, a lo largo de las Escrituras, Dios continuamente instruye a su pueblo no solo a recordar sus obras, sino también a declararlas. Cada testimonio se convierte en una invitación para que alguien más crea que el mismo Dios que obró ayer todavía está obrando hoy.

Esta verdad explica lo que sucedió anteriormente en el servicio, cuando uno de los miembros de la iglesia compartió lo que Dios había hecho en su vida. El predicador observó que el ambiente cambió de inmediato. No fue porque el testimonio fuera emocionalmente conmovedor, sino porque escuchar acerca de la fidelidad de Dios despertó fe en toda la congregación. Mientras los creyentes escuchaban, se les recordó que Jesucristo todavía sana, todavía libra, y todavía transforma vidas. El testimonio cambió el enfoque de las circunstancias humanas hacia el poder ilimitado de Dios.

El apóstol Pablo explica por qué sucede esto cuando escribe:

Así que la fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios.

ROMANOS 10:17 (RVR60)

Aunque Pablo está hablando específicamente de la predicación del Evangelio, el principio es igualmente importante para nuestro testimonio diario. Cada vez que se proclama la Palabra de Dios y se declaran sus obras, se despierta fe en quienes la escuchan. Un testimonio es efectivo porque no se centra en la capacidad humana, engrandece lo que Dios ha logrado por medio de su gracia.

A lo largo de la Biblia vemos repetidamente testimonios que producen fe en otros. Después de que David venció a Goliat, todo Israel fue testigo de esa victoria y su confianza en Dios creció. Rahab escuchó las historias del Mar Rojo y las victorias de Israel mucho antes de que los israelitas llegaran a Jericó, y esos testimonios la llevaron a reconocer que el Dios de Israel era el Dios verdadero. Ella confesó:

Porque hemos oído que Jehová hizo secar las aguas del mar Rojo delante de vosotros...

JOSUÉ 2:10 (RVR60)

Observa que la fe de Rahab comenzó antes de que ella conociera a un israelita. Creyó porque había escuchado lo que Dios había hecho. Alguien había llevado la historia más allá de las fronteras de Israel, y ese testimonio preparó su corazón para la salvación.

Esto demuestra un principio espiritual importante. Antes de que muchas personas crean en las promesas de Dios, primero necesitan escuchar evidencia de la fidelidad de Dios. El testimonio se convierte en el puente que conecta al incrédulo con la verdad del Evangelio. Mientras que la doctrina explica quién es Dios, el testimonio demuestra lo que él es capaz de hacer.

El predicador entonces se dirigió a uno de los versículos más poderosos de toda la Biblia sobre la victoria espiritual:

Y ellos le han vencido por medio de la sangre del Cordero y de la palabra del testimonio de ellos...

APOCALIPSIS 12:11 (RVR60)

Este versículo revela que la victoria sobre el enemigo está conectada con dos realidades inseparables. Primero, está la sangre del Cordero. Sin el sacrificio de Jesucristo no hay perdón, ni redención, ni esperanza. Todo comienza en el Calvario. Sin embargo, el versículo no termina ahí. Continúa declarando que los creyentes también vencen por “la palabra de su testimonio”. La sangre compró la salvación, pero el testimonio proclama lo que esa salvación ha logrado.

Por esto Satanás trabaja tan diligentemente para silenciar a los creyentes. No puede quitar el poder de la sangre de Cristo, pero intentará impedir que el pueblo de Dios hable de ella. Si puede convencer a los creyentes de permanecer en silencio, entonces otros quizás nunca escuchen cómo Dios todavía está transformando vidas. El temor, la vergüenza, la inseguridad y la intimidación se convierten en algunas de sus armas más efectivas. El enemigo sabe que una iglesia silenciosa no puede cumplir eficazmente su misión.

Lamentablemente, muchos creyentes se convencen de que su testimonio es demasiado común como para importar. Comparan su vida con la conversión dramática de alguien más y concluyen que no tienen nada que valga la pena compartir. Sin embargo, esta mentalidad malinterpreta el propósito de un testimonio. El valor de nuestro testimonio no se determina por qué tan dramático fue nuestro pasado, sino por qué tan fielmente señala a las personas hacia Jesucristo. Ya sea que Dios nos haya rescatado de la adicción, restaurado un matrimonio roto, sanado nuestro cuerpo, preservado a través del sufrimiento, o simplemente nos haya mantenido fieles desde la niñez, cada testimonio engrandece al mismo Salvador.

El apóstol Pedro le recuerda a la Iglesia por qué hemos sido redimidos:

“Mas vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios, para que anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable.”

1 PEDRO 2:9 (RVR60)

Observa que nuestro llamado no es simplemente experimentar la gracia de Dios, sino mostrar sus alabanzas. En otras palabras, nuestras vidas están destinadas a convertirse en evidencia visible de su poder transformador. Somos testimonios vivos de que Dios todavía llama a las personas de las tinieblas a su luz admirable.

Por esto cada testimonio lleva un significado eterno. En algún lugar hay un creyente desanimado que necesita escuchar cómo Dios sostuvo a alguien a través del sufrimiento. En algún lugar hay una familia que lucha y necesita escuchar acerca de un matrimonio restaurado. En algún lugar hay un joven luchando

contra la tentación que necesita escuchar que la libertad es posible. En algún lugar hay un incrédulo que ha concluido que Dios ya no hace milagros, y tu testimonio puede ser precisamente lo que el Espíritu Santo use para despertar esperanza en su corazón.

El predicador hizo una observación que merece quedarse con nosotros mucho después de que esta lección termine: El bautismo no es la conclusión de la obra de Dios, sino el comienzo de un testimonio de por vida de su fidelidad. Cada oración respondida, cada prueba superada, cada victoria sobre la tentación, cada oportunidad de servir, y cada vida tocada por el Evangelio se convierte en otro capítulo de la historia que Dios está escribiendo a través de su pueblo.

Recibir el Espíritu Santo no es el final de la historia, es donde la historia comienza.

Por esa razón, nunca deberíamos pensar en nuestro testimonio como algo que pertenece solo al pasado. Nuestro testimonio todavía se está escribiendo. Cada día que caminamos con Cristo, cada acto de obediencia, cada demostración de su gracia en nuestra vida se convierte en otra oportunidad para fortalecer la fe de alguien más. Cuando declaramos fielmente lo que el Señor ha hecho, nuestra historia ya no nos pertenece solo a nosotros, se convierte en parte de la obra continua de Dios de atraer a otros hacia su Reino.

» SECCIÓN 7

La Misión de la Iglesia Comienza Fuera de Estas Paredes

Uno de los momentos más fuertes del sermón llega cuando el predicador le recuerda a la iglesia que las historias más grandes que Dios quiere escribir no están confinadas a los servicios del domingo. Nos regocijamos cada vez que alguien es bautizado, recibe el Espíritu Santo, o experimenta sanidad durante un servicio de la iglesia, y deberíamos hacerlo. Estos momentos merecen celebración porque revelan el poder de Dios. Sin embargo, si todos nuestros testimonios comienzan y terminan dentro del santuario, hemos malentendido la misión de la Iglesia. La Iglesia se reúne para adorar, pero se dispersa para ministrar. El domingo nos equipa para el lunes. La mayor evidencia de que el avivamiento está ocurriendo no es simplemente lo que sucede dentro del edificio, sino lo que sucede después de que el pueblo de Dios lo deja.

El predicador retó a la congregación al recordarles que Jesús nunca tuvo la intención de que sus seguidores se convirtieran en espectadores. Con demasiada frecuencia, los creyentes se conforman simplemente con asistir a la iglesia, disfrutar la adoración, escuchar la predicación, y celebrar lo que Dios está haciendo entre su pueblo. Aunque estas cosas son esenciales, nunca tuvieron la intención de convertirse en el destino final. Jesús no nos salvó simplemente para que pudiéramos reunirnos cada semana. Nos salvó para que pudiéramos convertirnos en sus representantes en un mundo que desesperadamente lo necesita. A todo creyente se le ha confiado la responsabilidad de llevar el Evangelio más allá de las paredes de la iglesia y hacia la vida cotidiana.

Este siempre ha sido el diseño de Dios. Antes de que Jesús ascendiera al cielo, les dio a sus discípulos lo que comúnmente llamamos la Gran Comisión:

Id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado.

MATEO 28:19-20 (RVR60)

Observa que Jesús no dijo: “Esperen hasta que las naciones vengan a ustedes”. Su mandato fue ir. El movimiento de la Iglesia siempre ha sido hacia afuera. El Evangelio nunca tuvo la intención de permanecer dentro de Jerusalén, ni dentro de un edificio de iglesia. Fue diseñado para alcanzar vecindarios, ciudades, naciones, y finalmente el mundo entero.

El libro de Hechos demuestra esto de manera hermosa. Inmediatamente después de recibir el Espíritu Santo, los discípulos no se aislaron. Se convirtieron en testigos. Pedro predicó en las calles de Jerusalén. Felipe fue a Samaria. Ananías visitó a Saulo. Bernabé animó a los nuevos creyentes. Pablo viajó por todo el Imperio Romano. Dondequiera que iban, llevaban el mensaje de Jesucristo porque entendían que la Iglesia existe para quienes todavía no forman parte de ella.

El predicador enfatizó que muchas de las personas que Dios quiere que alcancemos no están buscando a Jesús, aunque desesperadamente lo necesitan. La mujer samaritana fue al pozo buscando agua, no al Mesías. Saulo de Tarso viajaba para perseguir cristianos, no para convertirse en uno. Zaqueo se subió a un árbol simplemente esperando ver de lejos a Jesús, sin nunca esperar que su vida fuera transformada. En cada caso, Dios se encontró con las personas antes de que se dieran cuenta de que lo estaban buscando.

Lo mismo sigue siendo cierto hoy. El compañero de trabajo que parece exitoso puede estar luchando en secreto contra la depresión. El estudiante que parece confiado puede estar cargando una ansiedad profunda. El vecino que siempre sonríe puede estar luchando con la soledad. El familiar que rechaza las conversaciones espirituales quizás simplemente esté esperando a alguien que genuinamente se preocupe lo suficiente como para escuchar. Muchas personas están buscando esperanza sin darse cuenta de que lo que realmente necesitan es a Jesucristo.

Por esto los creyentes deben permanecer espiritualmente sensibles. Cada conversación puede convertirse en una cita divina. Cada día ordinario puede contener oportunidades extraordinarias preparadas por Dios. A menudo le pedimos al Señor que abra puertas para la evangelización, pero a veces no reconocemos que ya lo ha hecho. El Espíritu Santo arregla silenciosamente encuentros que nos parecen accidentales, pero que son intencionales en su plan.

El apóstol Pablo animó a los creyentes a vivir con esta conciencia:

Andad sabiamente para con los de afuera, redimiendo el tiempo. Sea vuestra palabra siempre con gracia, sazonada con sal, para que sepáis cómo debéis responder a cada uno.

COLOSENSES 4:5-6 (RVR60)

Pablo entendía que nuestras interacciones diarias importan. La evangelización no se limita a predicar detrás de un púlpito. A menudo comienza con bondad, compasión, escucha, ánimo, y preocupación sincera por la vida de otra persona. Mucho antes de que alguien acepte una invitación a un estudio bíblico, usualmente se encuentra con un creyente cuya vida refleja el amor de Cristo.

El predicador también emitió una advertencia importante. Observó que muchos cristianos han permitido que el temor al rechazo se vuelva más fuerte que la voz de la convicción. Imaginamos la peor respuesta posible antes de siquiera abrir la boca. Nos preocupamos por ofender a alguien, ser malentendidos, o enfrentar críticas. Como resultado, el temor nos mantiene en silencio mientras las oportunidades pasan de largo.

Sin embargo, las Escrituras nos recuerdan repetidamente que el valor no es la ausencia de temor, es la obediencia en presencia del temor. Cuando a Pedro y a Juan se les ordenó dejar de predicar en el nombre de Jesús, respondieron con notable valentía:

Porque no podemos dejar de decir lo que hemos visto y oído.

HECHOS 4:20 (RVR60)

Qué declaración tan poderosa. No hablaban simplemente porque habían recibido instrucciones. Hablaban porque habían experimentado a Cristo personalmente. Su testimonio se había vuelto imposible de suprimir.

Esto debería retar a cada uno de nosotros. Si Dios ha perdonado nuestros pecados, nos ha llenado con su Espíritu, ha respondido nuestras oraciones, ha restaurado nuestras familias, y ha permanecido fiel a través de cada temporada de la vida, ¿cómo podemos permanecer en silencio? La gratitud naturalmente produce

proclamación. Quienes han experimentado la bondad de Dios nunca deberían sentirse avergonzados de hablar de él.

La misión de la Iglesia nunca ha cambiado. Nos reunimos para adorar, animarnos unos a otros, recibir instrucción bíblica, y crecer espiritualmente. Luego salimos por esas puertas llevando la luz de Cristo a un mundo que todavía camina en tinieblas. Cada lugar de trabajo se convierte en un campo misionero. Cada salón de clases se convierte en una oportunidad para el ministerio. Cada vecindario se convierte en un lugar donde Dios desea escribir otra historia de redención.

Cuando comenzamos a ver nuestra vida diaria desde esta perspectiva, nos damos cuenta de que el ministerio no está reservado para los domingos. El ministerio sucede dondequiera que un creyente elija representar a Jesucristo. Los testimonios más grandes a menudo se escriben en lugares ordinarios, a través de personas ordinarias que simplemente se ponen a disposición de la obra extraordinaria de Dios.

» SECCIÓN 8

Somos Llamados a Ser Salvavidas, No Espectadores

El sermón alcanza su clímax emocional con una de las ilustraciones más poderosas del día. El predicador compartió la historia real de una reunión celebrada en Nueva Orleans durante el verano de 1985. Ese año, por primera vez, el departamento de recreación de la ciudad celebró un verano entero sin un solo ahogamiento en ninguna de sus piscinas públicas. Para conmemorar este logro, aproximadamente cien salvavidas y sus familias se reunieron para una celebración alrededor de una piscina. Había risas, conversación, comida y emoción mientras todos celebraban una temporada exitosa. Sin embargo, cuando la noche llegaba a su fin, alguien notó que un joven llamado Juan yacía sin vida en el fondo de la misma piscina donde todos los salvavidas habían estado celebrando. Trágicamente, mientras quienes estaban entrenados para salvar vidas disfrutaban de la celebración, alguien se ahogó sin ser notado, a solo unos pasos de distancia.

El predicador usó esta historia desgarradora para hacer una pregunta que todo creyente debe responder: Es un pensamiento aleccionador. Nos regocijamos por servicios de adoración poderosos, testimonios, bautismos y avivamiento, y con razón. Sin embargo, mientras celebramos, hay personas a nuestro alrededor que se están ahogando en silencio en temor, adicción, depresión, soledad, desesperanza, matrimonios rotos, ansiedad y pecado. La misión de la Iglesia no es solo regocijarse por quienes ya han sido rescatados, sino también buscar a quienes todavía están luchando bajo la superficie.

¿Podría la Iglesia llegar a estar tan enfocada en celebrar lo que Dios ha hecho dentro del santuario que pase por alto a quienes se están ahogando fuera de sus paredes?

Esta ilustración de inmediato trae a la mente las palabras de Jesús:

Porque el Hijo del Hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido.

LUCAS 19:10 (RVR60)

Observa que Jesús no simplemente esperó a que los perdidos lo encontraran. Fue a buscarlos. A lo largo de los Evangelios lo vemos repetidamente caminando hacia los heridos, los rechazados, los olvidados y los quebrantados. Buscó al recaudador de impuestos que todos despreciaban. Buscó a la mujer sorprendida en pecado. Buscó a los ciegos, a los cojos, a los leprosos y a los endemoniados. El ministerio de Jesús siempre se movía hacia las personas que desesperadamente necesitaban esperanza.

Si la Iglesia es llamada el Cuerpo de Cristo, entonces nuestra misión debe reflejar la misión de Cristo. No podemos conformarnos simplemente con disfrutar su presencia mientras olvidamos su propósito. La adoración sin misión eventualmente se vuelve egocéntrica. Un avivamiento que nunca alcanza más allá de las paredes de la iglesia se ha perdido del corazón de Dios.

El predicador entonces hizo una de las aplicaciones más fuertes de todo el mensaje. Imaginó a un joven regresando a la escuela que descubre que un compañero de clase está luchando contra la depresión o incluso pensamientos suicidas. Qué fácil sería simplemente prometer: "Le pediré a mi pastor que ore por ti", y luego alejarse. Aunque pedirle a otros que oren ciertamente tiene valor, el predicador le recordó a la

congregación que Dios ya ha colocado su Espíritu dentro de cada creyente. El Espíritu Santo no fue dado solamente para el ánimo personal, sino para el ministerio del Reino. Somos llamados a orar, a animar, y a hablar palabras de fe nosotros mismos.

Esto hace eco de las palabras que Jesús habló a sus discípulos poco antes de su ascensión:

Pero recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos...

HECHOS 1:8 (RVR60)

Observa que Jesús no dijo que simplemente recibiríamos consuelo, conocimiento, o bendición. Dijo que recibiríamos poder, y ese poder tenía un propósito. Fue dado para que pudiéramos convertirnos en testigos. El bautismo del Espíritu Santo no es la conclusión de nuestro camino espiritual, es el comienzo de nuestra misión.

El predicador describió esto de manera hermosa diciendo que cuando Dios nos llenó con su Espíritu, nos convirtió en “salvavidas”. Esa ilustración captura la responsabilidad que lleva cada creyente. Un salvavidas no puede permanecer indiferente cuando alguien se está ahogando. Su entrenamiento lo obliga a actuar. De la misma manera, cuando reconocemos que alguien a nuestro alrededor se está ahogando espiritual, emocional, o relacionalmente, el amor de Cristo nos obliga a movernos hacia ellos en lugar de alejarnos.

El apóstol Santiago enfatiza esta responsabilidad en términos prácticos:

Y si un hermano o una hermana están desnudos, y tienen necesidad del mantenimiento de cada día, y alguno de vosotros les dice: Id en paz, calentaos y saciaos, pero no les dais las cosas que son necesarias para el cuerpo, ¿de qué aprovecha?

SANTIAGO 2:15-16 (RVR60)

Nuestra fe debe ir más allá de las palabras hacia la acción. La compasión que nunca actúa está incompleta. El Evangelio nos llama a involucrarnos activamente en la vida de las personas heridas, señalándolas hacia la esperanza que se encuentra en Jesucristo.

Esto no significa que todo creyente deba tener todas las respuestas. A menudo el ministerio más grande comienza con una pregunta sencilla: “¿Puedo orar por ti?”. Muchas personas nunca han experimentado a alguien orando sinceramente por ellas. Otras nunca han escuchado a nadie decirles que Dios las ama, que él tiene un propósito para su vida, o que es capaz de restaurar lo que parece estar más allá de toda reparación. A veces subestimamos cuán poderosamente puede obrar Dios a través de un simple acto de obediencia.

La iglesia del Nuevo Testamento entendía esto bien. No esperaban a que las personas heridas entraran a la sinagoga antes de ministrarles. Oraban en los hogares, en los mercados, junto a los ríos, en las cárceles, y a lo largo de caminos polvorientos. Su ministerio seguía a las personas dondequiera que la vida ocurriera, porque entendían que el Reino de Dios no está confinado a un edificio.

Al reflexionar en esta ilustración, deberíamos hacernos algunas preguntas profundas. ¿Estamos tan ocupados disfrutando nuestra vida cristiana que ya no notamos a quienes se están ahogando a nuestro alrededor? ¿Nos hemos vuelto cómodos asistiendo a la iglesia mientras descuidamos la misión que Cristo nos confió? ¿Celebramos la salvación más de lo que perseguimos a los perdidos? Estas no son preguntas de condenación, sino de llamado. Nos invitan a realinear nuestro corazón con el latido de Jesús.

Todo creyente está rodeado de personas que necesitan esperanza. Algunos son familiares. Otros son compañeros de trabajo, compañeros de clase, vecinos, o amigos de toda la vida. Dios nos ha colocado estratégicamente en sus vidas, no por accidente, sino por diseño divino. Quizás seamos la única Biblia que ellos lean, el único cristiano en quien confíen, o la única persona dispuesta a decirles que Jesús todavía salva, sana y restaura.

El llamado final del predicador fue sencillo pero profundo: ¿Dejarás que Dios cuente otra historia a través de tu vida? La respuesta a esa pregunta determina si permanecemos como espectadores o nos convertimos en participantes de la misión de Dios. El cielo todavía está escribiendo historias de redención. La única pregunta es si nos pondremos a disposición para que Dios escriba el siguiente capítulo a través de nosotros.

> SECCIÓN 9

Dios Todavía Está Escribiendo Historias

Mientras el sermón llegaba a su fin, el predicador llevó a la congregación de regreso a la pregunta central que había sido tejida a lo largo de todo el mensaje: ¿Permitirás que Dios escriba otra historia a través de tu vida? Esto es mucho más que una invitación emocional al final de un sermón. Es un llamado a abrazar el propósito para el cual todo creyente ha recibido el Espíritu Santo. Dios nunca tuvo la intención de que nuestro testimonio se convirtiera en un capítulo que termina con nosotros. En cambio, cada vida que él transforma se convierte en otro testimonio que señala a otros hacia su gracia salvadora. La pregunta no es si Dios todavía está escribiendo historias. La pregunta es si estamos dispuestos a formar parte de ellas.

A lo largo de la Biblia descubrimos que Dios se deleita en usar a personas comunes para cumplir propósitos extraordinarios. Noé era constructor antes de convertirse en predicador de justicia. Moisés cuidaba ovejas antes de convertirse en el libertador de Israel. David cuidaba las ovejas de su padre antes de convertirse en rey. Pedro era pescador antes de convertirse en el predicador de Pentecostés. Ninguno de estos individuos parecía extraordinario cuando Dios los llamó por primera vez. Lo que los distinguió no fue su capacidad, sino su disponibilidad. Simplemente se rindieron a los propósitos de Dios, y él escribió historias a través de sus vidas que continúan inspirando a los creyentes miles de años después.

Esta verdad debería animar a todo hijo de Dios. A menudo imaginamos que Dios está buscando a las personas más talentosas, más educadas, o más experimentadas. Las Escrituras enseñan constantemente lo contrario. Dios busca corazones dispuestos a obedecerle. El apóstol Pablo nos recuerda:

Antes lo necio del mundo escogió Dios, para avergonzar a los sabios; y lo débil del mundo escogió Dios, para avergonzar a lo fuerte.

1 CORINTIOS 1:27 (RVR60)

El poder nunca ha estado en la vasija. El poder siempre le ha pertenecido a Dios. Simplemente nos convertimos en el instrumento a través del cual se revela su gracia.

Quizás por eso el apóstol Pablo describió a los creyentes en términos tan humildes:

Pero tenemos este tesoro en vasos de barro, para que la excelencia del poder sea de Dios, y no de nosotros.

2 CORINTIOS 4:7 (RVR60)

Este versículo aparece inmediatamente después del pasaje del cual el predicador comenzó su mensaje. Pablo nos recuerda que el Evangelio es un tesoro invaluable, pero ha sido confiado a personas comunes. Somos frágiles, imperfectos y limitados, sin embargo, Dios eligió intencionalmente colocar su glorioso Evangelio dentro de vasijas humanas para que nadie pudiera confundir la fuente del milagro. Cada vez que alguien es salvo, sanado, restaurado, o librado, la gloria le pertenece por completo a él.

El predicador le recordó repetidamente a la iglesia que el propósito de nuestro testimonio nunca es engrandecernos a nosotros mismos. Todo testimonio debería finalmente dirigir la atención de vuelta a Jesucristo. No le estamos diciendo a la gente qué tan fuertes nos volvimos, les estamos diciendo qué tan fiel ha sido Dios. No estamos celebrando nuestros propios logros, estamos celebrando su misericordia. Cada testimonio debería dejar a las personas impresionadas, no con nosotros, sino con el Salvador que transformó nuestras vidas.

Esta perspectiva también nos protege de otro peligro: creer que nuestros fracasos nos descalifican para ser usados por Dios. El enemigo constantemente les recuerda a los creyentes sus errores del pasado, esperando que permanezcan en silencio a causa de la vergüenza. Sin embargo, el Evangelio enseña lo contrario. Muy a menudo, los lugares donde hemos experimentado el mayor perdón de Dios se convierten en los lugares desde los cuales hablamos con la mayor compasión. Pedro negó a Jesús tres veces, sin embargo, se convirtió en el predicador que abrió la puerta de la salvación el día de Pentecostés. Juan Marcos falló durante su primer viaje misionero, sin embargo, más tarde se convirtió en el autor de uno de los cuatro Evangelios. La gracia de Dios siempre ha sido más grande que el fracaso humano.

Esto debería llenar a todo creyente de esperanza. Dios no desperdicia nuestras experiencias. Las pruebas que hemos soportado, las oraciones que hemos orado, los valles que hemos atravesado, y las victorias que él nos ha dado, todo se convierte en parte del testimonio que él pretende usar para su Reino. Como Pablo nos asegura:

Y sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados.

ROMANOS 8:28 (RVR60)

Incluso los capítulos dolorosos de nuestra vida pueden convertirse en instrumentos de ministerio cuando se rinden al Señor.

Al considerar esta lección, deberíamos hacernos algunas preguntas honestas. ¿Estamos creando intencionalmente oportunidades para que Dios use nuestro testimonio? ¿Nos hemos vuelto cómodos manteniendo nuestra fe en privado? ¿Hay alguien en nuestra familia, lugar de trabajo, vecindario o escuela que necesite escuchar lo que Dios ha hecho en nuestra vida? El avivamiento no avanza simplemente porque las iglesias tienen servicios. El avivamiento avanza porque los creyentes llevan el Evangelio a su vida cotidiana y cuentan fielmente la historia de la gracia redentora de Dios.

El mensaje termina con un recordatorio inspirador de que los mayores días del Reino de Dios no están detrás de nosotros. Tal como el predicador declaró al comienzo del servicio, “ni aun la mitad ha sido dicha”. Dios todavía está llamando a los pródigos de regreso a casa. Todavía está llenando a las personas con el Espíritu Santo. Todavía está sanando corazones quebrantados. Todavía está restaurando familias. Todavía está abriendo puertas que ningún hombre puede cerrar. Todavía está escribiendo historias de redención alrededor del mundo, y desea escribir una a través de todo creyente dispuesto a decir: “Señor, aquí estoy yo. Úsame”.

Isaías respondió al llamado de Dios con estas palabras sencillas pero inolvidables:

Después oí la voz del Señor, que decía: ¿A quién enviaré, y quién irá por nosotros? Entonces respondí yo: Heme aquí, envíame a mí.

ISAÍAS 6:8 (RVR60)

Que esa se convierta también en nuestra oración. Que nunca permitamos que nuestro testimonio permanezca sin contar. Que nunca nos conformemos con celebrar mientras otros todavía buscan esperanza. En cambio, que llevemos fielmente la historia de Jesús dondequiera que él nos guíe, sabiendo que cada conversación, cada acto de bondad, cada oración, y cada testimonio puede convertirse en el comienzo del camino de alguien más hacia la salvación.

> CONCLUSIÓN

La Historia que Dios Todavía Está Escribiendo

Todo creyente está viviendo una historia que Dios mismo está escribiendo. Algunos capítulos están llenos de gozo, mientras que otros contienen temporadas de dolor, incertidumbre y espera. Sin embargo, a través de cada capítulo, una verdad permanece constante: Dios nunca ha dejado de obrar. El milagro de la salvación no es el final de la historia, es el comienzo de una vida que continuamente señala a otros hacia Cristo.

La mayor tragedia no es que las personas experimenten dificultades. La mayor tragedia es cuando Dios las lleva a través de esas dificultades, transforma sus vidas por su gracia, y ese testimonio nunca se comparte. Alguien está esperando escuchar cómo Dios respondió tu oración. Alguien necesita saber que las cadenas que una vez te ataron han sido rotas. Alguien necesita escuchar que Jesús todavía perdona, todavía sana, todavía restaura, y todavía llena a las personas con su Espíritu hoy.

Nuestro testimonio no se trata de preservar nuestra reputación, se trata de proclamar su gloria. Cada vez que contamos lo que Dios ha hecho, fortalecemos a otro creyente, animamos a un alma que busca, y le declaramos a un mundo sin esperanza que Jesucristo todavía es la respuesta.

***Vencemos por la sangre del Cordero,
pero también vencemos por la palabra de nuestro testimonio.***

Que dejemos esta lección con un compromiso renovado de convertirnos en testigos fieles. Que nuestra adoración cuente su historia. Que nuestras vidas reflejen su gracia. Que nuestras conversaciones revelen su bondad. Y dondequiera que Dios nos coloque, que nunca dejemos pasar la oportunidad de contarle a alguien las grandes cosas que el Señor ha hecho por nosotros. Así es como avanza el Reino. Así es como se multiplica la fe. Y así es como Dios continúa escribiendo historias que resonarán a través de la eternidad.

> REPASO

Completa el Espacio en Blanco

Instrucciones: Completa cada declaración usando la lección.

> DECLARACIÓN 1

Dios nunca tuvo la intención de que su obra en nuestras vidas terminara con nosotros; cada milagro se convierte en un _____ que debe señalar a otros hacia Cristo.

>

> DECLARACIÓN 2

La adoración es más que música; es la expresión visible de nuestra _____ con Dios.

>

> DECLARACIÓN 3

A través de las Escrituras, Dios a menudo realizó sus mayores milagros en escenarios que requerían completa _____ en él.

>

> DECLARACIÓN 4

Según Apocalipsis 12:11, los creyentes vencen por la sangre del Cordero y por la palabra de su _____.

>

> DECLARACIÓN 5

La misión de la Iglesia no comienza cuando llegamos el domingo, continúa cuando salimos del _____.

>

> DECLARACIÓN 6

Todo creyente ha recibido el Espíritu Santo no solo para experimentar el poder de Dios, sino también para convertirse en su _____.

> _____

> DECLARACIÓN 7

La mayor tragedia no es que Dios haya dejado de escribir historias, sino que muchas de sus historias permanecen _____.

> _____

» REFLEXIONA

Preguntas de Reflexión

> PREGUNTA 1

Al mirar atrás en tu caminar con Dios, ¿qué testimonio ha tenido el mayor impacto en tu vida, y lo has compartido intencionalmente con alguien que necesita escucharlo?

- >
- >
- >
- >

> PREGUNTA 2

La lección enseña que los milagros usualmente ocurren en escenarios donde debemos depender completamente de Dios. ¿Hay un área de tu vida donde el temor te ha impedido dar un paso hacia una situación que requiere fe? ¿Qué paso práctico podrías dar esta semana?

- >
- >
- >
- >

> PREGUNTA 3

Piensa en tu lugar de trabajo, escuela, vecindario o familia. ¿A quién podría Dios ya estar preparando para tener una conversación espiritual contigo? ¿Cómo puedes comenzar a orar por esa oportunidad?

- >
- >
- >
- >

> PREGUNTA 4

Apocalipsis 12:11 enseña que vencemos por la sangre del Cordero y por la palabra de nuestro testimonio. ¿Por qué crees que Satanás trabaja tan duro para mantener a los creyentes en silencio acerca de lo que Dios ha hecho en sus vidas?

- > -----
- > -----
- > -----
- > -----

> PREGUNTA 5

El predicador comparó a los creyentes con salvavidas llamados a rescatar a quienes se están ahogando espiritualmente. ¿De qué maneras podemos volvernos tan ocupados celebrando dentro de la iglesia que pasamos por alto a las personas a nuestro alrededor que desesperadamente necesitan a Jesús?

- > -----
- > -----
- > -----
- > -----

> PREGUNTA 6

¿Cómo ha cambiado esta lección la manera en que piensas acerca de tu propio testimonio? ¿Ahora ves tu historia como algo personal que debes proteger, o como algo que Dios pretende usar para la salvación de otros?

- > -----
- > -----
- > -----
- > -----

> PREGUNTA 7

Si alguien te preguntara hoy: “¿Qué ha hecho Jesús por ti?”, ¿qué historia contarías?
Tómate unos momentos para escribir tu testimonio de una manera que claramente señale a las personas hacia Cristo en lugar de hacia ti mismo.

> -----

> -----

> -----

> -----

» DESAFÍO

Desafío Personal

“Dios nunca hace un milagro solamente para bendecir a una persona. Cada milagro es una invitación para que alguien más crea. Nuestro testimonio es el puente que Dios usa para llevar de nuestra historia a la salvación de alguien más.”

> ESTA SEMANA YO VOY A

>

>

>

>

>

>

>